

azul, y en esta monotonía aparente reside toda la fuerza de su evocación plástica.

Sergio Montecino no parece interesado en el verismo naturalista de ciertas escuelas y, naturalmente, no siente el llamado cézanniano del rigor constructivo. Es expresionista. Su pintura aspira a la pura emoción de las cosas; no es su materialidad aparente, sino en sus sugerencias.

Cuando Sergio Montecino acierte a sacudirse el influjo mostrenco de distintas escuelas y estilos nos dará una obra plenamente valiosa. Encauzada su pintura por caminos propios hacia el logro de una manera individualizada, tendremos un excelente pintor.

Por ahora lo creemos una evidente posibilidad de pintor. Ello a mi juicio es algo que no puede decirse de todos los artistas que han desfilado con cierta impunidad por esta Sala del Banco de Chile.

Ante los cuadros del pintor Otta

Otta, el pintor checo, va ganándose en forma lenta pero segura, la estimación de los gustadores de belleza. Su pintura está dirigida hacia unos ideales principios de honradez y de sinceridad. Nada más lejos de ella que los recursos y las fórmulas con que otros pintores suelen fabricar sus cartones. Y es que Otta, por la visión lúcida de ciertos problemas angustiosos que atenazan y acongojan a la humanidad, sabe poner en su arte una profunda emoción humana que viene de esos estratos supraemotivos que hay en todo europeo actual merecedor de tal nombre.

Pintura emocionada, es decir pintura doblemente pictórica, la de este artista que siente en carne propia lo que se ha llamado la «angustia de nuestro tiempo».

Sus cuadros son mensajes doloridos que llevan impresos en forma patente el estigma racial. La plástica del pintor che-

co contiene alusiones a la tragedia ancestral del pueblo transhumante. En ella se cruzan las líneas indelebles del alucinado deambular de una raza que ha recibido durante milenios el espoleo trágico de sus verdugos. Y Otta, pintor moderno, se nos presenta, no obstante, como testigo mudo de aquellas escenas que rememóranse en los libros sagrados.

Hay en estos cuadros una técnica actual, un empleo mesurado de los elementos que constituyen los factores comunes en el arte de hoy. Pero es la «idea», como diría Waldo Frank, lo que hace significativa su pintura. No es el arte puro el que le lleva a su labor. Es su espíritu el que utiliza los recursos plásticos para crear la obra, que está así fuertemente influída por un subjetivismo atormentado.

Se ha pretendido negar— frente a esta superación de lo objetivo—la sensibilidad de Otta. No carece a mi entender de ella; lo que sucede es que la deja escapar por el portillo de la emoción, tal vez de una emoción morbosa, más ello no quiere decir que esté desposeído de un espíritu sensible capaz de captar la belleza que hay en las cosas externas.

* * *

Hay también en el arte formal de Otta una indudable disciplina escolástica. No queremos decir con esto que siga sometido a las rigurosas directrices de la gramática pictórica. Pero en sus obras se adivina la sujeción a un módulo docente, a un aprendizaje que ha dado a su pintura la técnica impecable que ahora podemos observar. Aquí también se está mostrando el pintor como digno exponente de una región europea en la que nada se dejaba a la improvisación o al capricho. Todo estaba presidido por inexorables leyes de perfección.

Por eso el dibujo es un obligado y perfecto cañamazo sobre el cual cae el color para producir con estas ideales coordenadas plásticas, la obra de arte nimbada por los más intensos deseos de perfección.

Otta conoce el dibujo: sus telas están bien construídas, y si a veces el arabesco alcanza una ampulosidad un tanto desmedida, se debe fundamentalmente a un deseo de exaltación de la forma. Otras veces, la línea se deforma voluntariamente para buscar un camino de rigor expresionista, los volúmenes se convulsionan trágicamente en telas que nos aparecen con un barroquismo de formas que vuelan, fuertemente acentuado. Visiones en donde los árboles con muñones que parecen sangrar, imploran al cielo añil del mar latino.

Mas, donde se hace patente el espíritu del pintor es en el colorido. Su paleta es reducida, monocorde más bien. Verdes, azules y sienas frígidos, constituyen la gama cromática que da su peculiar estilística a las obras de Otta. Como Modigliani, Pascin y Chagall, sus hermanos de raza, tampoco sabe de las espléndidas y doradas luces latinas de los pintores meridionales. Y cuando pinta las tierras cálidas, su tela se hace drama puro. El color, sin vibración ardorosa, pone en los cuadros un mayor patetismo estético.

En sus últimas producciones—Galería del Banco de Chile—Francisco Otta semeja más dueño de sus medios expresivos, más maduro, más apasionado por un arte lleno de emoción y de sensibilidad.

Libros de Arte

Las editoriales de Argentina siguen preocupadas por ir dando a las prensas una serie de estudios de estética y monografías de los más grandes pintores. El servicio que dichas editoriales prestan a la cultura es innegable.

Entre las últimas publicaciones aparecidas, figuran: Un epistolario de Vicente Van Gogh, conteniendo parte de la correspondencia dirigida por el pintor a su hermano Théo. Se trata de la estética completa del gran holandés, explicada con la sencillez y con la claridad del estilo epistolar. Gracias a ello